

**AGENDA CIUDADANA**  
**DE REGRESO A LO SUSTANTIVO**  
**Lorenzo Meyer**

**Las Prioridades.**- El espectacular choque entre el gobierno federal, el PAN y el PRI por un lado, y el gobierno de la capital y el PRD por el otro, concentró durante un año la atención de la clase política y del público en lo inmediato, pero ya es tiempo de volver reflexionar sobre lo sustantivo. Desde una perspectiva de largo plazo, no hay nada más importante que reafirmar el compromiso de persistir en la hasta hoy infructuosa pero irrenunciable, batalla de México contra lo que ha sido parte de una indeseable esencia: la pobreza masiva. Históricamente, la sociedad mexicana está muy marcada por la forma en que sus clases dirigentes han generado, sostenido, justificado y finalmente enfrentado, sin éxito, a la pobreza y a la desigualdad extremas. México no podrá considerarse una auténtica sociedad nacional, mientras no logre vencer a ese viejo enemigo que lo ha acompañado a lo largo de toda su historia.

Por siglos, en Occidente y en otras civilizaciones, la pobreza extendida fue vista como parte del orden natural. Algo sobrevive de esa visión, pero hoy la explicación dominante es ya la opuesta: el infortunado binomio miseria y desigualdad no es algo inevitable; sus causas son sociales, por lo que se puede actuar para modificarlas.

Justamente al inicio de nuestro nuevo siglo, un conjunto de 188 países se propusieron alcanzar en el 2015, dentro del marco de las Naciones Unidas, las llamadas “Metas de Desarrollo del Milenio”. La primera y más importante, es la erradicación de la pobreza y el hambre. Seguramente el fin buscado no se lograra en la fecha deseada, pero lo importante es que su búsqueda esté avalada ni más ni menos que por el Banco Mundial (BM), una institución que refleja bien las posiciones de Estados Unidos, la potencia mundial

dominante. Se trata, aparentemente, de una decisión tomada al más alto nivel, para combinar la economía de mercado con “políticas públicas” encaminadas a limar las peores e inevitables asperezas sociales que la acción de ese mercado produce. Es una admisión implícita de algo que fuera del BM se sabía desde hace tiempo: por sí sola, la famosa “mano invisible” del mercado no produce bienestar para todos.

Definiciones.- Cualquiera sabe quien es pobre con sólo verlo, pero no está de más una definición. Al hacer su estudio sobre Indonesia en el 2001, el BM señaló: “La pobreza es una idea: una idea política y social que refleja las esperanzas y aspiraciones de una sociedad. La pobreza es lo que esperamos eliminar”. Estupenda definición, pero si se requiere una más formal, entonces se puede recurrir a la del informe del propio BM sobre México: “la carencia de lo que una sociedad considera como el mínimo básico en términos de la gama de dimensiones que constituyen el bienestar”. Esta última tesis introduce el carácter relativo e histórico del término, pues se le hace depender de la sociedad y de la época. En cualquier caso, la carencia relativa tiene efectos morales, pues la pobreza propicia una mengua de la autoestima, de la imagen que el individuo tiene de sí mismo. Con frecuencia, ésto es su elemento más dañino y el motivo definitivo para combatirla.

Las Cifras.- Una manera de empezar a entender la naturaleza del problema es enfrentar al mundo de las cifras. El presidente Vicente Fox declaró no ha mucho, que la pobreza extrema ha disminuido de manera notable bajo su gobierno. Puede ser, pero como aún no se hacen públicos los últimos datos del INEGI, ningún experto está en posición de avalar o desmentir lo dicho por Fox. Las cifras en la literatura especializada y disponible son las del 2002, y esas nos dicen que en nuestro país poco más de la mitad de sus habitantes --el 51.7%-- podían considerarse como pobres de patrimonio, y de ese total, el 40% -- una quinta parte de la población total-- se podían clasificar como pobres extremos.

La otra cara de la medalla se tiene al examinar la distribución del ingreso; de acuerdo a cifras del BM, en México el 10% más acomodado recibe el 43.1% del ingreso total disponible en tanto que el 20% más pobre, sobrevive con apenas el 3.1% de ese ingreso. En América Latina hay un puñado de países que tienen una distribución más inequitativa que la nuestra –como Brasil, Chile, Guatemala y Colombia— pero son más los que tienen menos inequidad. En estados Unidos –la patria del “capitalismo salvaje”--, ese 10% que está en el tope de la pirámide social dispone sólo del 30.5% del ingreso (12.6% menos que en México) en tanto que el 20% más pobre recibe el 5.2% (2.1% más que en México).

La desigualdad se puede medir de muchas otras maneras. Un indicador interesante es la educación formal. Desde la época clásica, se consideraba que la educación era un buen instrumento para disminuir la inequidad social. La sociedad justa era la que daba a todos los jóvenes las mismas oportunidades de educación, de manera que, en principio, todos tengan la posibilidad de labrarse su nicho en la sociedad en función de sus menores o mayores capacidades y esfuerzos individuales. En México, y según datos del Banco Mundial, el 10% de los mexicanos más acomodados tienen, en promedio, cuatro veces más educación formal que el 10% más desafortunado. Si a lo anterior se le agrega la calidad, entonces la educación entre nosotros es un factor más de desequilibrio.

En buena medida, la pobreza masiva es resultado directo o indirecto de decisiones políticas, y ésto se hace evidente si se toma como definición de política la propuesta por David Easton: “la asignación de valores por la vía del ejercicio de la autoridad pública”. Y toda estructura de autoridad pública, lo mismo que sus reglas y valores, es resultado del juego de poder. Por tanto, a ella está estrechamente ligada la pobreza.

La Herencia o un Vistazo a la Historia.- En México, la pobreza y la desigualdad son fenómenos históricos, que se han reproducido de generación en generación. Ya la

estructura social prehispánica era notoriamente inequitativa, y la colonial fue tan o más brutal en su división entre poderosos y sin poder. Sin embargo, la catástrofe demográfica del siglo XVII y la disrupción en la distribución de la tierra en favor de los conquistadores y sus descendientes, la introducción de la economía de mercado y tipos inéditos de trabajo, como las minas, los obrajes y las plantaciones, crearon la pobreza en el sentido moderno, occidental.

Los pobres coincidieron entonces con la masa indígena, pero no exclusivamente, lo compartieron con una buena parte de esos cuyo lugar social no estaba pensado: los mestizos. Y es aquí donde viene a cuento la observación “objetiva” de un observador extranjero particularmente bien capacitado para ello: Alexander von Humbolt. En su Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, (México: Porrúa, 1966), el prusiano señala, citando al obispo santanderino, fray Antonio de San Miguel, que: “La población de la Nueva España se compone de tres clases de hombres, a saber: de blancos o españoles, de indios y de castas. Yo considero que los españoles [peninsulares y criollos] componen la décima parte de la masa total. Casi todas las propiedades y riqueza del reino están en sus manos. Los indios y las castas cultivan la tierra; sirven a la gente acomodada y sólo viven del trabajo de sus brazos. De ello resulta entre los indios y blancos esta oposición de intereses, este odio recíproco que tan fácilmente nace entre los que poseen todo y los que nada tienen, entre los dueños y los esclavos...” Humbolt también advirtió que la desigualdad mexicana era extrema, incluso mayor que las de otras partes del imperio español en América. Así, señala: “...cuando se consideran separadamente las fortunas de algunos particulares, me inclinaría a creer que ha habido un bienestar más verdadero en Lima que en México, porque allí es mucho menor la desigualdad de fortunas” (p. 86.). En

suma, de 6 millones de habitantes de la Nueva España, 600 mil concentraban la riqueza y casi todo el resto, la pobreza.

El siglo XIX simplemente ni quiso, ni pudo ni supo que hacer con los pobres. Andrés Molina Enríquez en 1906, en Los grandes problemas nacionales, (México: Impresiones Modernas, 1964) señaló que la característica del cuerpo social mexicano era lo grotesco: cabeza y extremidades enormes, pero tórax (la clase media) de enano. La Revolución Mexicana fue el primer movimiento político que puso a la pobreza y a su combate, como su razón de ser y la justificación de su violencia contra el antiguo régimen. Nadie mejor que un caudillo popular revolucionario como Francisco Villa, para presentar el punto según lo dictado en 1914 a un colaborador, Luis Aguirre Benavides. El caudillo norteno inició su relato autobiográfico presentándose como uno más “...de los infortunados niños que nacen en la gleba, que ahí se desarrollan, que ahí en los surcos y entre los matorrales reciben las primeras impresiones de la existencia, no es una alborada risueña de la vida: es ya la lucha, la lucha que se presiente, la lucha que se avecina y que fatalmente ha de coger entre los infinitos engranajes de su complicado mecanismo esos organismos mal nutridos y esos intelectos atrofiados y esos instintos mal dirigidos, que nacen y viven y mueren dentro del infierno continuo de la servidumbre y de la abulia” (Guadalupe y Rosa Helia Villa eds. Pancho Villa. Retrato autobiográfico, 1894-1914, México: Taurus-UNAM ; 2003, p 311). Es esa miseria producto de la injusticia lo que, aseguró Villa, le lanzó a la lucha y a un esfuerzo por ponerle fin mediante el uso de instrumentos políticos.

Para cuando la Revolución concluyó, en 1940, José Iturriaga, en el primer esfuerzo académico por medir el avance del movimiento de 1910 en la lucha contra la pobreza masiva, señaló que la velocidad del cambio no era la deseable pero que su dirección era la correcta: la densidad de las clases altas y populares no había cambiado mucho entre el

viejo y el nuevo régimen, pero la novedad era que las clases medias mexicanas se había duplicado, al pasar de 7.78% en 1895 a 15.87% en 1940. (La estructura social y cultural de México, México: INEHRM, 2003, c 1954). El optimismo de Iturriaga se confirmó hasta 1982, pero a raíz de la crisis del modelo económico que tuvo lugar entonces, la situación cambió y se reinició el aumento de la pobreza y de la concentración del ingreso (el decil más alto pasó de tener el 38.05% en 1984 al 48.93% en 1989). La clase media perdió espacio (ver a Fernando Cortés Procesos sociales y desigualdad económica en México, México: Siglo XXI, 2000; Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, Pobreza y distribución del ingreso en México, México: Siglo XX, 1999).

El Futuro.- Es posible que en los últimos años, la tendencia al aumento en la pobreza en México se haya revertido un tanto, lo mismo que la desigualdad en la distribución del ingreso (véase “Desarrollo social en México,” en Cuadernos de Desarrollo Humano N° 7, México: SEDESOL, 2003, p. 20), pero no en la proporción que el sentido de la equidad y de nuestra propia historia demandan.

La clase política mexicana pareciera estar hoy dedicada a consumir su energía en sus propios asuntos, sin responder a las demandas sociales de fondo. La lucha entre los profesionales de la política dentro de cada partido y entre los partidos —una disputa que ya es feroz pero que amenaza con serlo aún mas—, simplemente no ha dejado el espacio necesario para la discusión y reflexión en torno a los grandes problemas nacionales. Sin embargo, es evidente que la mala conducción política, el mal desempeño de la economía en materia de crecimiento en los últimos 23 años y la resistencia del actual modelo de mercado a la creación de empleos formales, no permiten ser optimistas respecto a las posibilidades de ganarle terreno de manera significativa a uno de los principales enemigo históricos de México: la pobreza y la desigualdad. Y sin embargo, hay que insistir e intentarlo, pues el

**futuro de nuestra democracia estará en la cuerda floja mientras persista la oposición entre la igualdad teórica en el terreno político y el cúmulo de carencias y la notable desigualdad en el terreno de lo social.**